

Queda claro ya que el menemismo hará historia. Emergente sin duda de un proceso tan persistente como corrosivo, su originalidad reside en la contundencia. Las avispas o el narcogate serán, con el paso del tiempo, meros ornamentos de un período que divide aguas. El paso devastador de la dictadura y la debacle alfonsinista abonaron el camino a un gobierno que cierra tanto como inaugura.

Muere la Argentina del estado preocupado por los pobres, cae en desuso la demanda social organizada, pasan al baúl de los recuerdos el pleno empleo y las chimeneas asistidas, se archivan los discursos que apelan a la soberanía y al gesto solidario, fenece la tumultuosa democracia callejera. No hay plazas pero sí caravanas; se consagra la política a domicilio.

Muere también el peronismo como voluntad colectiva de transformación social. Fallece por cierto lo que ya agonizaba. El menemismo es, ni más ni menos, el entierro pomposo y ofensivo de un cuerpo nacional lacerado por las botas y mal curado por la tibia democracia. Es el impúdico epílogo de lo que no tenía destino.

Asumir la dimensión de la derrota es el primer paso -tan doloroso como imprescindible- para recuperar fuerzas e iniciar nuevas rebeldías. Tontos optimismos y castrantes desánimos confluyen para favorecer la perpetuación de un ajuste que hará sentir sus efectos por largo tiempo. Advertir la profundidad y perversidad de los cambios acontecidos nos permitirá hacer pie en una realidad que requiere diagnósticos sinceros y realimentada voluntad de lucha. Asistimos al nacimiento de un país diferente, despojado de espacios públicos, fracturado socialmente, al servicio de los grandes grupos económicos y carente de herramientas políticas para modificarlo en el corto plazo.

Reubicarnos en el inédito escenario implica reconocernos. Detectar las discusiones que menospreciamos, la construcción social que apenas insinuamos, las pujas ideológicas que resignamos, los pragmatismos que consentimos, el tactiquismo que reiteramos, las improvisaciones organizativas que protagonizamos o avalamos. El menemismo no es un injerto ni un artificio pasajero ideado sólo por mercaderes y traidores. Es la consecuencia casi lógica del genocidio, las timideces de la democracia y las inoperancias acumuladas por militantes mal aprovechados.

La autocrítica, no obstante, no es flagelo sino balance propositivo. Recordar para no reiterar, advertir para refundar, señalar para sentar las bases de una política que combata el ajuste más allá de las retóricas incendiarias pero ineficaces, con vocación de mayoría pero conciencia de parcialidad, con ambición de poder pero énfasis en la regeneración pausada pero segura de un tejido social hoy desgarrado.

Quienes hoy lanzamos en Rosario el Frente por la Democracia y la Justicia Social (FRE.DE.JU.SO.) somos mezcla de entusiasmo y prudencia. Entusiasmo de estar vivos, placer de seguir repudiando los privilegios de la Argentina oligárquica, orgullo de no haber transado, dignidad del boxeador que aún a la defensiva golpea con las fuerzas que le quedan. Prudencia, sin embargo, de quien se sabe en desventaja, que padece las rispideces de lo inmediato, que percibe que el neoliberalismo gobierna el sentido común; moderación de quien entiende que sin una sociedad movilizadada y dispuesta a reclamar derechos la disputa partidaria se reduce a política-espectáculo.

Somos, mayoritariamente, orgullosos resabios de un peronismo que ya no es. Restos de una memoria sin anclaje partidario, obstinados transeúntes de una tradición histórica mancillada por internas desgastantes, traficantes de lealtades y travestismos ideológicos. Creemos que ya no hay destino ahí. Salvar lo mejor de nosotros implica iniciar nuevas aventuras, dialogar con otras voces, confluir con otras identidades, vincularnos con experiencias ideológicas tan variadas como valiosas. El PJ encarna hoy lo que cada uno de nosotros juró enfrentar cuando ingresó a la militancia. Nuestras banderas permanecen como palabras a la deriva que pretendemos resignificar, enriquecer y actualizar; escrutando la complejidad de un mundo plural y distinto, compartiendo el desafío con compañeros de orígenes diversos, decididos a superar el desencanto de iniciativas que se frustraron, el escepticismo frente a un enemigo que parece muy fuerte y la asfixia de una tarea que se insinúa muy ardua.

Por si hacía falta, el pacto Menem-Alfonsín simboliza la solidaridad profunda de dos partidos rendidos a las apetencias de los poderosos y aferrados a una política temerosa de la demanda social. Empieza a escribirse una nueva historia. Reorganizar cuadros y militantes que aún resisten, interpretar los tiempos de un pueblo al que nos debemos, restituir capacidad de exigencia a los actores sociales, horadar la propaganda neoliberal sacudiendo nuestras propias telarañas conceptuales y apuntalar alternativas electorales que impugnen el ajuste avalado por los grandes partidos parece un reto más que interesante para quienes aún deseamos juntarnos, debatir, construir, organizar, transformar.

Rosario, 18 de diciembre de 1993

**FRE.DE.JU.SO.**